

Miguel de Unamuno en destierro

EL mundo parece estar dividido en democracias y barbarocracias. Por democracia decimos vulgaridad, rutina, palabrería. Por barbarocracia violencia, injusticia, opresión. Preferimos la democracia. Dentro de ésta el espíritu libre puede vivir aislado e independiente; más aún, puede hacerse oír en el silencio vasto y seguir incomprendido. En América, la democracia por excelencia, algunos hombres libres pueden manifestar libremente sus opiniones. (No en tiempo de guerra, porque entonces no hay sino barbarocracias). La barbarocracia rusa incubó la horrenda barbarocracia mussoliniana y Mussolini aborta: he aquí a Primo de Rivera. Primo de Rivera es, pues, el feto de Mussolini. Mussolini — este apóstata del socialismo — juega con leoncitos (domesticados naturalmente), sale de a caballo en compañía de príncipes y es la nodriza de Víctor Manuel. Pero Mussolini hace príncipe a Gabriel D'Annunzio. En tanto que Primo de Rivera, que también juega con leoncitos, que también se divierte en Barcelona (de noche) y que seca los pañales de su Majestad el Rey Alfonso XIII, gloria de las Españas, no hace príncipe al gran intelectual español don Miguel de Unamuno sino que le destierra a las Islas Canarias. He aquí la diferencia entre estos dos hombres. Estos dos hombres van a pasar a la historia. En los siglos venideros recordaremos que Primo de Rivera, estadista mediocre y general de los tercios de España, desterró a la gloria más pura de la España de hoy, don Miguel de Unamuno, porque tuvo la insolencia inaudita de decir la verdad. ¡Pobre España! Nosotros creíamos que después de los abusos enormes que cometiste con Miguel de Cervantes, te elevarías a la altura de las naciones que respetan el talento y la virtud! Pero hoy te basta un Primo para cerrar la boca de tus intelectuales y para encadenar a tu leoncito simbólico, ese leoncito de fotografía.

Su Majestad sufrió los ataques de don Miguel. Aún su Majestad quiso hacer a don Miguel en más de una ocasión Secretario de Instrucción pública, no porque creyera en el talento de Unamuno. (¿Habrá por acaso leído sus libros?) sino porque deseaba que don Miguel no dijese la verdad desde la prensa. Pero llegó Primo de Rivera y demuestra en el acto a los países de habla española que el soldado no teme al escritor y que la fuerza es superior a la virtud. Y don Miguel de Unamuno, que vale más que todos los militares del Directorio, está hoy solo y abandonado. Los intelectuales que le adoran están callados y quejosos, porque los intelectuales prefieren comer el pan amargo de la opresión a salir desterrados por tierras americanas. En una carta reciente me decía don Miguel de Unamuno: «Esta pobre España se muere, los que deben hablar no lo hacen» ¿Y qué te valió hablar, pobre viejo quijotesco? ¿Qué te valió, hombre eterno, gritar en contra de los opresores, sino que te mantearan y te mandaran a la insula que tú querías crear? Ahora estás en las Islas Canarias, cuerdo como Sancho y loco como Alonso Quijano. Sancho el de la isla no es Sancho Panza sino Sancho Quijano. España no podía ser la Insula porque en España hay muchos duques que se ríen de tus locuras. Crea, pues, tu Insula en las Islas Canarias, que por pequeño que sea tu imperio no lo ha de ser tanto que tu ejemplo no se extienda por toda la tierra.

Y los que deben hablar no hablan. ¿Dónde están las protestas de Araquistain, de Maetzu, de Azorín, de Pérez de Ayala? Es necesario que los extranjeros hablen. Gracias te damos, H. G. Wells, por tu recia protesta en lengua inglesa. ¿Pero qué haremos protestando?

Los intelectuales no tenemos nada. Los intelectuales somos todavía la canalla bohemia, los parlanchines, los inmundos trágicos atentos al aplauso común que dijo el poeta español. Protesta la Universidad de París, protestamos desde Minnesota, protesta la Argentina. Pero don Miguel de Unamuno está pobre, está desterrado, no puede escribir, está llorando de vergüenza y acaso de hambre en las islas.

Pero enigmático y enorme avanza el gran vengador, el gran reparador de injusticias: EL TIEMPO.

Ciudadanos de España y de la América española: En el aniversario de este día trágico en que don Miguel de Unamuno salió de su cátedra en Salamanca camino del destierro, juntémonos todos en las iglesias y en las plazas públicas para recordar que en esta fecha un militarote inculto, un estadista mediocre, un imitador de las fechorías de Mussolini, desterró de España a don Miguel de Unamuno.

Ciudadanos de España y de la América española: recordemos que en este día la pata de la bestia pisoteó la boca del talento y la virtud. Y para inmortalizar este hecho levantemos monumentos en nuestras plazas públicas, monumentos que representen la garra de la bestia apocalíptica destrozando el cerebro del hombre iluminado.

Estos dos hombres pasarán a la historia. Primo de Rivera y Miguel de Unamuno.

ARTURO TORRES RIOSECO

Madrid, agosto de 1924.

Cosas que fueron

SE ha dicho que el pueblo romano vivió cinco siglos sin literatura, por lo que si la jornada de Guánica mata la hispano americana que floreció en Puerto Rico, no perderíamos gran cosa.

Bueno sería el argumento si fuera cierta la premisa. Hasta que les inspiró el numen griego, no tuvieron los romanos expresión literaria; pero germinó siempre en su alma el instinto poético que en tradiciones y cantares guardó el espejo historial de aquel pueblo, formando su carácter y creando al fin su literatura, el esplendor del Lacio.

Si la esponja política criolla borrara nuestra literatura, extinguiríase el medio de expresión de las artes, pero no el espíritu que las inspira.

Y hé aquí que de ese hecho real los iconoclastas de la lengua hispana acaso podrían deducir un corolario para ellos consolador: si en la colonia angloamericana del Caribe matáramos la literatura castellana, tendríamos en su lugar la literatura inglesa.

Y eso es precisamente lo que es necesario discutir y negar.

Para quitar una literatura y poner otra, es menester empezar por crear el medio de expresión de la segunda. Si se pretendiera entregar el numen poético, la creación literaria, al inglés, sería el empeño inútil porque tal como se intenta que lo logre, no hablará jamás el pueblo por-torriqueño la lengua inglesa.

Como no está la naturaleza colaborando en la obtención de la obra, fracasará el propósito; siendo de esperar acaso dentro de un siglo, la formación de un dialecto más o menos culto, según las circunstancias, que el *papiamento* que formaron los holandeses en las islas de la costa de Paria.

Además, no debiera ser necesario insistir en cosa tan sencilla; las lenguas son divino privilegio que Dios otorgó al hombre, encargándole de la creación, desarrollámen-